

LUMSDEN, C. J. & WILSON, E. O.
Genes, Mind and Culture.
Harvard U.P., 1981

Pocos científicos sociales estarán en desacuerdo con la idea madre que ha inspirado a Lumsden y Wilson la redacción de este libro: «La posibilidad de que exista un nexo entre la evolución biológica y la cultural es algo que merece la pena explorarse (...). Hay una amplia y fascinante interacción entre la cultura y los imperativos biológicos: éstos generan y moldean aquélla, pero, simultáneamente, los rasgos biológicos se ven alterados por la evolución genética que sigue a la innovación cultural» (p. 2). Los autores se han propuesto como meta el descubrir (y describir) las vías que van de los genes a los más variados productos culturales: ni más ni menos que una filogenia/ontogenia del comportamiento cultural.

En los capítulos iniciales Lumsden y Wilson sientan las bases de su exposición. En primer término distinguen, dentro del fenómeno global de la cultura, elementos segregables e identificables que denominan «culturgenes». Un ejemplo de «culturgen» es la exogamia (a propósito del incesto) o la adopción de una moda de vestir (cap. 4). Los autores que, según parece, conciben la cultura como un conglomerado de «unidades operacionales» (p. 27) —cosa que a más de un antropólogo hará encabritarse— quieren hacer remontar el origen de estos «culturgenes» a la biología. Para ello es necesario, en segundo término, analizar cómo el despliegue neurofisiológico del organismo va acompañado de ciertas elecciones y rechazos que llevarán a adoptar unos «culturgenes» frente a otros. Este proceso queda encomendado a las «reglas epigenéticas». Epigénesis es el comercio que se lleva a cabo entre el genoma y el medio y que aboca a la constitución morfológica del organismo y al despliegue conductual específico. Lumsden y Wilson sientan que la epigénesis se lleva a cabo dentro de un doble juego de limitaciones: el de las condiciones de funcionamiento de la «máquina orgánica» (particularmente el sistema nervioso central) y el que

nace de las representaciones (elaboraciones perceptivo-sensoriales ayudadas por la memoria) las cuales se erigen en algo así como las alternativas sobre las que el organismo va a ejercer su capacidad de elegir.

Las páginas y capítulos que siguen los dedican Lumsden y Wilson al detalle de cómo se pasa de los genes a la cultura a través de las reglas epigenéticas. Se trata de un fenómeno de «amplificación» graduado que arranca en los «sesgos» innatos del individuo, pasa por las decisiones de adoptar tal o cual «culturgén» y se consuma en el contagio o difusión del mismo, lo que le confiere un status cultural. Luego se aborda el tema de la mutualidad entre la evolución genética y la cultural. Para entendernos, diremos que los autores se plantean el establecer un modelo topográfico que plasme las «cumbres» adaptativas que resultan de la conjunción entre genes y «culturgenes». (Algo que nos recuerda el conocido modelo de Sewall Wright en el que los sistemas genéticos que constituyen las especies aparecen como «picos» adaptativos). En los últimos capítulos se «reciclan» los temas ya tratados: se aborda a mayor profundidad la epigénesis y se derivan unas ecuaciones matemáticas que serían el modelo formal del paso de los genes a la cultura. Por último se trata el fenómeno de la innovación cultural a base de un modelo biogeográfico de colonización: «La sociedad es un archipiélago cuyas islas son las personas que lo componen y que intercambian culturgenes» (p. 306).

La lectura de este libro le deja a uno, por de pronto, mentalmente exhausto. Es un discurso cuyo hilo conductor se torna, a ratos, abstruso. La impresión de esoterismo le invade a uno implacablemente a medida que avanza, lleno de coraje, por una «silva» que tiene poco de poética. Por si fuera poco, Lumsden y Wilson han querido además apuntalar su argumentación con un aparato matemático impresionante. Funciones gamma, exponenciales, cadenas de Markov, espacios vectoriales, etc., que exigen un nivel de conocimiento de análisis matemático equivalente a un primer año de Facultad de Ciencias bien asimilado. Por encima del lenguaje formal está la pertinencia de su empleo. Recuerdo en mis años de carrera de Físicas lo que se nos insistía en el «sentido físico» de ciertas fórmulas... Ahora tendremos que pasar por el cedazo del «sentido conductual» o del «sentido cultural» de ciertos desarrollos matemáticos que salpican las páginas del libro que vengo comentando. Pero no es sólo de aquí de donde proceden las dificultades. Los autores han hecho un titánico esfuerzo por integrar en el tejido de sus ideas elementos de psicología cognitiva, de psicología del desarrollo infantil y de antropología cultural. No siempre su versión de estos temas encaja en lo que, al parecer, quieren transmitir. Dicho en otros términos, su contexto es tremendamente ambiguo y el lector se ve obligado a practicar la hermenéutica ahora. Han querido hacer

una síntesis multidisciplinar y les ha resultado un cóctel explosivo sobre todo para quienes adoramos los perfiles nítidos de los buenos vinos de crianza. Una empresa intelectual de esta envergadura no se logra en los dos o tres años que, según colijo, Lumsden y Wilson llevan trabajando en ella. De ahí mi alusión a la crianza, es decir, al decantarse las ideas, purificarse, tomar cuerpo, sabor, equilibrio... todo lo que hace un buen vino y que el cóctel descuida y desconoce.

Sin embargo, *Genes, Mind and Culture* tiene sus méritos. El primero de ellos es el tratar de operacionalizar la secuencia genes-psyque-cultura. A la sociobiología se la ha machacado por flirtear con la idea de que se puede seguir el hilo que lleva de los genes a ciertos comportamientos. En cierto modo, el libro de Lumsden y Wilson es una elaboración de este tema, pero se le quita hierro, se le reviste de un ropaje especulativo y formal que lo hace inofensivo. Sus discutibles «reglas epigenéticas» son una pieza esencial de este discurso. Es una de las partes del libro que he leído con más detenimiento, pues, como especialista en psicología del desarrollo, me tocaba más de cerca. Me hago ecos, complacido, del valor que dan Lumsden y Wilson a mi disciplina y coincido con ellos en el reproche que le hacen de no haberse lanzado a elaborar estas reglas epigenéticas. Pero, en cuanto a las reglas en sí, yo no veo que Lumsden y Wilson hayan aportado nada verdaderamente novedoso; ni siquiera les concedo el haber logrado una buena síntesis de los diversos trabajos de psicología infantil con los que las adoban. En efecto, las reglas epigenéticas primarias no son más que la versión apenas modificada de lo que en psicología se conoce como «limitaciones del aprendizaje» (*constraints of learning*) que Lorenz, Seligman, Hinde y otros han puesto ya hace más de una década en evidencia. Por lo que se refiere a las secundarias, yo no acabo de ver qué son en la mente de Lumsden y Wilson. A veces la llaman «schemata»; en otro sitio dicen que son «elementos heurísticos o reglas de deliberación»; y constantemente tienen a bien recordarnos el soporte neurológico que las «ata» a estructuras orgánicas, las cuales, a su vez, han sido genéticamente configuradas. Ejemplo de reglas epigenéticas secundarias son las capacidades de procesamiento visual del rostro humano que parecen ser muy selectivas en los neonatos humanos, como han demostrado Fantz y otros; gestos faciales, al parecer universales, que transmiten mensajes de sorpresa, acogida, etc.; la familiaridad que resulta de haberse criado juntos un varón y una mujer, que repercute en la inhibición del atractivo sexual, y es el mecanismo psicológico que operacionaliza el tabú del incesto. Todo ello son ilustraciones de esa idea directriz que sostiene que nuestras reglas culturales están sesgadas (o condicionadas) a las reglas epigenéticas que son las que realmente imponen las limitaciones a nuestros modos de inter-

cambiar con el medio ambiente y también a nuestras decisiones de las que, en último análisis, depende la adopción de un culturgen. A Lumsden y a Wilson no se les ocurre, ni por un momento, que puede haber reglas epigenéticas secundarias resultado de una impresión o experiencia medioambiental. Pienso al respecto que las ideas de Rof Carballo sobre la «urdimbre constituyente» pueden muy bien entrar dentro de esta categoría. Para este autor, bien conocido en nuestros ambientes intelectuales, la urdimbre se teje al amparo de las primeras impresiones infantiles moduladas por la presencia de la madre. Lumsden y Wilson, por su parte, no ocultan su sumisión al funcionamiento orgánico al cual contemplan más bien como un haz de limitaciones que como un conjunto de potencialidades. Y esta apreciación no es un mero juego de palabras. La distinción entre funcionamiento y función cobra aquí todo su relieve y la idea piagetiana de la función que desborda el funcionamiento y que abre, por ende, al organismo hacia nuevas formas de intercambio medioambiental es totalmente ajena a las consideraciones de Lumsden y Wilson que no parecen haber sobrepasado la noción de «canalización epigenética» a lo Waddington. Así se explican fragmentos como el que sigue y que sintetizan con bastante fidelidad los propósitos del libro: «Se piensa que los seres humanos buscan su propio interés y el de sus semejantes sobre la base de unas pocas necesidades biológicas, estructuradas muy simplemente, echando mano de comportamientos adquiridos, arbitrarios y lo más a menudo elaborados. Frente a este punto de vista convencional, nuestra interpretación, basada en los datos de la psicología cognitiva y la del desarrollo, es que existen unas reglas epigenéticas que poseen la suficiente especificidad como para canalizar las reglas de decisión o de inferencia y este proceso de canalización mental es quien, a su vez, modela la trayectoria de la evolución cultural» (p. 56).